

la lectura, la observación y la escritura. Con estos instrumentos y el enorme talento con el que tuvo la suerte de nacer, su originalidad estaba garantizada. Al no frecuentar la universidad, no perdió ni vio desautorizado su vínculo con la primera maestra, ya que “originalidad” deriva precisamente de “origen”. No tuvo que pasar por la pesadilla fálica de sentirse obligada a hacer suyos indiscriminadamente los contenidos, las rutinas, las inercias y la pobreza de la interminable escolástica masculina clerical del movimiento erudito del siglo XVII y sus universidades, un mundo entonces sin mujeres. El vuelo de su alma femenina quedó intacto, también cuando ya lo había leído todo. Le bastó, y nunca la corrompió, la lengua materna, “recurso natural, innata ciencia”, por tomar de un verso de su *Sueño*.

Cuando ya lo había leído todo, compuso su *Sueño*. El *Sueño* es el único texto que su autora recuerda haber compuesto porque le apetece a ella, no porque se lo pidieran o demandaran. Dice en su autobiografía, terminada el 1 de marzo de 1691, la *Respuesta de la Poetisa a la muy ilustre Sor Philotèa de la Cruz*: “que yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos, y preceptos ajenos; de tal manera que no me acuerdo aver escrito por mi gusto, si no es vn Papelillo, que llaman el *Sueño*.”¹³

El *Sueño* es un poema inspirado, un difícil relato autobiográfico de lo que eran para ella, mujer, el conocimiento y la experiencia gozosa e infinita de aprender y de crear con las palabras, de sentirse aprendiendo, trayendo al mundo el Mundo. Porque es ella en primera persona, es su propia Alma femenina, la que sueña, como desvela, después de muchas páginas, el último verso, el famoso “el mundo iluminado, y yo despierta”; es decir, el mundo queda, con su sueño y su experiencia del soñar, iluminado por ella, la verdadera luz

¹³ Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la Poetisa a la muy ilustre Sor Philotèa de la Cruz*, en su *Fama, y Obras Posthumas del Fenix de Mexico*, Madrid, Imprenta de Manuel Ruiz de Murga, 1700, 8-60; pág. 54.

virginal femenina, la que da a luz y trae al mundo, “quedando à luz mas cierta / el mundo iluminado, y yo despierta.”

Leí el *Sueño* sin contaminación previa alguna de la erudición escolástica y dialéctica masculina. Al principio, no entendí, me pudieron las metáforas, personificaciones y emblemas de la cultura del Barroco, que parecía que nada tenían que ver conmigo. Pero de pronto, inesperada y casi inadvertida, llegó la revolución simbólica, el cambio de tercio, el sentido que como mujer que privilegia las relaciones con mujeres, me pertenecía. Detrás y entre nombres del Olimpo clásico grecolatino, de moda entonces, fueron apareciendo, una tras otra, las alegorías de la lengua materna que yo era capaz de reconocer como tales. La alegoría de la lengua materna dice otra cosa con otra cosa,¹⁴ y regresa, tocándolo, al principio, adonde una estaba y ahora estará de otra manera.

Entonces, solo entonces, cuando lo que sentía y sabía en mi ser de mujer estaba al seguro, leí sobre la obra. Leí con prudencia la erudición escolástica, la que piensa lo ya pensado añadiendo su pequeña o mediana contribución al conocimiento patriarcal, ese pensamiento del pensamiento que solo percibe en el mundo un sexo, el suyo, el masculino, cuando resulta que los sexos que el Mundo habitan son dos, mujer y hombre, mujer u hombre, también si se está entre, en tránsito, en *queer* o en los dos. Y descubrí que el *Sueño* es, para mí, pensamiento de la experiencia de ser mujer, inseparable del vivir, del vivir que compartimos, de su vivir y del mío, ninguno de ellos objetivable salvo como operación inerte del pensamiento. Y sentí que podía intentar interpretarlo con la lengua materna, la lengua que hablamos y la voz que tenemos para decir.

No abusé de la lectura erudita. Se aprenden muchas cosas, sí, pero se pierde la inspiración. Lo contó hace años en clave cómica

¹⁴ Me he inspirado en lo que me ha quedado en la memoria de este texto: Luisa Muraro, *La alegoría de la lengua materna*, “DUODA. Revista de Estudios Feministas” 14 (1998) 17-36.

Joanna Russ en su libro *How to Suppress Women's Writing*. Uno de los modos eficaces de suprimir la escritura de las mujeres es precisamente la acumulación aplastante de estudios sobre ella, convertida en producto en vez de autora. Ante tanto estudio sobre, la inspiración decae, confundida. A mí, mujer, ni los clásicos ni los eruditos de la Modernidad, fueran boloñeses, parisinos, salmanticenses o conimbricenses, me alumbran ni iluminan las alegorías del sueño del alma femenina, porque en ellos el alma está en cautiverio, aprisionada por la soberbia de la razón y sus infinitas metáforas y emblemas. El sueño del alma femenina me lo alumbraba e iluminaba la escritura femenina, con su metonimia y sus alegorías de la lengua materna. No me lo alumbran las disputas “sorjuanistas” del siglo XX entre clericales y anticlericales, liberales y conservadores, pro-jesuitas y pro-dominicos, favorables al Estado o favorables a la Iglesia...¹⁵ La escritura femenina se encuentra con la escritura femenina, no con lenguajes adquiridos en segundo lugar.

El *Sueño* es, para mí, un viaje de Alma al conocimiento femenino perfecto, infinito, ese cuyo referente es la esfera infinita que las vírgenes románicas, sentadas como reinas en su trono con su hijo en el brazo izquierdo, el del corazón, llevaban y mostraban, poseyéndola y ofreciéndola, en la mano derecha, la mano de la autoridad femenina y materna, que no requiere de cetro alguno. El *Sueño* es un viaje nocturno de noche entera, emprendido y completado en la libertad que proporciona la ausencia del sol, referente del conocimiento masculino y su aplastante y cegadora luz. Y es, a la vez, un viaje a lo infinito, que no se acaba nunca. No es un alma cualquiera o un alma abstracta la que sueña y viaja, sino la de la autora, su propia alma. Sor Juana Inés experimenta y habla de su experiencia, no especula sino que expresa e imagina. Especular es lo que hace el conocimiento

¹⁵ Un ejemplo entre muchos, que cito porque es reciente: Alejandro Soriano Vallés, *Sor Filotea y Sor Juana. Cartas del obispo de Puebla a Sor Juana Inés de la Cruz*, México, FOEM, 2014.

patriarcal de Atenea, diosa nacida de la cabeza del padre, que dio al héroe Perseo precisamente un espejo para que pudiera ver la belleza de Medusa reflejada en él, reflexionada, especulada, dado que él, héroe, era incapaz de mirar a Medusa cara a cara porque su espléndida belleza lo cegaba. El *Sueño* es un poema bellissimo, que a una mujer de sexo femenino no la ciega.

Alma empieza a soñar en una escena escalofriante en la que es descrita como sombra funesta nacida de la tierra. Su forma es de pirámide que, altiva, encamina su punta al Cielo por encima de vanos obeliscos, pretendiendo escalar las Estrellas rutilantes, exentas, móviles:

Piramidal, funesta, de la tierra
Nacida sombra, al cielo encaminaba
De vanos obeliscos punta altiva,
Escarlar pretendiendo las Estrellas; (versos 1-4)

El Alma es perfecta como es perfecta la pirámide con sus tres caras visibles a la mirada, caras de triángulos equiláteros, y como se vive, perfecta, la propia autora, porque la obra de la madre –cuerpos que hablan– es perfecta. Inicia aquí una conexión con la genealogía femenina y materna terrenal de las Tres Madres –la abuela, la madre, la hija– que hará de hilo de oro que sostiene la genial trama de todo el poema. Al empezar el *Sueño*, el alma está funesta, es decir, está fúnebre (del *funus* latino) porque viene del funeral del sol, del ocaso. Nacida de la tierra, busca entonces el cielo para saberse y conocer lo infinito, el cielo que se ve bien sin la luz del sol, y lo busca no por la religión ni por la erudición académica sino tendiendo a lo alto, a la luz lunar en la que ella misma fue concebida y lleva dentro, la luz que alumbraba el corazón mejor de noche. Nada más empezar su viaje, Alma pasa por encima precisamente del falo (construcción cultural del pene), representado desproporcionadamente por el obelisco, uno de cuyos más destacados atributos es y ha sido, históricamente, la